

—¡Al fin eres mía, al fin cesaron nuestras penalidades!

Refugio agregó llorando:

—Aunque muchas veces me desesperaron, aunque tanto tuve que luchar, aunque hubo veces en que creía morir, siempre conservé la fortaleza con tu recuerdo. . . . Ahora sí ya soy completamente feliz, y le doy gracias al cielo de que haya premiado nuestra constancia.

—Eres una mujer celestial, murmuró Adrián.

Excusado es decir que las caricias que se prodigaron fueron infinitas.

Tras de la comida siguió el baile, que duró hasta las diez de la noche, hora en que por fin Adrián y Refugio pudieron persuadirse ya de que no era un sueño su felicidad.



## CAPITULO XLIII.

### *Arreglo de otra boda.*

**C**ORRÍA el año de 1861, cuando en los primeros días de Junio la sociedad mexicana, es decir, la buena sociedad de México, la sensata, la instruida, la juiciosa, la humana, se sintió estremecida de espanto y de indignación con la terrible noticia de que el feróz, el sanguinario, el célebre asesino don Leonardo Márquez, que había de hacer poco después nuevas ilustres víctimas, había mandado aprehender al insigne patricio don Melchor Ocampo, á quien se fusiló con la doble felonía de querer hacer creer al público que había sido muerto por equivocación, en lugar del coronel León Ugalde que acababa de ser aprehendido en una diligencia, y á quien ordenó Zuloaga que sobre la marcha fuera pasado por las armas. . . . ¡como si no hubiera sido tan inicuo y tan bárbaro matar á uno ú otro hombre sin forma de juicio, sin haber el pre-



texto del calor del combate, sin que tuvieran las armas en la mano, sin causa ninguna ni aparente que justificara el enorme atentado, pues que Ocampo vivía tranquilo en su hacienda, retirado de la cosa pública, y el coronel Ugalde viajaba solo sin temor á nadie, una vez que la lucha de los partidos beligerantes había terminado!

Había caído, pues, como bomba la noticia en México, y era comentada de diversas maneras tanto por los miembros del gobierno y del Congreso, como en todos los círculos políticos y sociales.

Para tener alguna idea, entraremos á la casa que ya nós es conocida de nuestro amigo el capitalista don Alejo Rincón.

Al efecto tendremos que explicar que ya el licenciado Domingo Benavides, había sido aceptado como novio oficial, habiéndose fijado los primeros días de Julio para que se celebrara el matrimonio entre él y la bella Adela Rincón, que había subido mucho en el último año tanto en instrucción como en hermosura.

La hostilidad de Néstor Rincón y su esposa doña Amparo, había sido tan fuerte contra las relaciones de los dos enamorados, que Benavides se vió precisado á hacer un viaje de dos meses por el Interior, esperando que pasara la tormenta, viaje en que corrió varios peligros, y al volver á México, el de verse próximo á entrar en la cárcel, porque un acusador anónimo lo denunció de haber ido á llevar ciertas noticias y ciertos elementos de combate al enemigo; el enemigo eran en esa época los liberales; pero felizmente tuvo habilidad y sangre fría para salir airoso en los embrollos en que anduvo y fué llamado á su regreso por el mismo Alejo Rincón, quien conocedor de

sus méritos le tenía gran fé como abogado y mucha estimación como amigo de largos años.

Néstor Rincón, que había sido uno de los jefes de oficina en el departamento de la guerra, del gobierno de Miramón, estaba por ahora de capa caída, viviendo por de pronto de sus economías, puesto que por las penurias del tesoro público siempre se estuvo pagando á los empleados con prorrates, de modo que tanto á él como á su mujer, se les había bajado el orgullo, sin que dejaran de seguir siendo tratados con las mismas deferencias por las familias de Rincón y de Benavides.

Al principio, Néstor había creído de prudencia ocultarse, temiendo ser víctima de la persecución de los liberales; pero luego que vió que éstos se manifestaban sobradamente generosos con quienes los habían odiado y los seguían odiando de muerte, sobre todo, luego que Domingo puso en juego sus buenas relaciones y obtuvo la seguridad absoluta de que aquél no sería para nada molestado en su persona, salió á la calle ya sin temor ninguno y continuó visitando periódicamente á su señor hermano.

En la noche de Junio en que volvemos á presentar al lector estos personajes que ya le son conocidos, estaban en la casa de Alejo las tres familias íntegras. Adela estaba tocando en el piano, Benavides daba vuelta á las hojas del libro de música y los demás estaban tomando una taza de té en el estrado, guardando absoluto silencio.

Cuando Adela acabó de tocar, Alejo fué el que no pudo contenerse y dijo:

—Por más que todos queramos vivir ya tranquilos, no han de faltar las noticias sensacionales.

—¿Se refiere usted, Alejo, á la muerte de Ocampo? preguntó Benavides.



—Sí: me dicen que la noticia cayó como bomba en el Congreso.

—Yo estaba allí y pude presenciar la impresión que produjo.

—¿Qué tal fué?

—Horrorosa. Se pronunciaron discursos vehementísimos y se dictaron varios decretos, entre ellos uno poniendo á precio las cabezas de los execrables asesinos Zuloaga, Mejía, Márquez, Cobos, Vicario, Cajigas y Lozada, quedando fuera de la ley y de toda garantía sus personas y sus propiedades.

Néstor hizo una mueca, y probablemente quiso decir algo; pero su mujer, que estaba cerca de él, le dió un tirón de la levita significándole con un dedo que se puso en medio de la boca, que no era prudente mezclarse en aquella conversación.

—¿Y se dió cuenta allí con algunos detalles? preguntó Alejo.

—Sí, contestó Benavides, se dijo que ya se sabía con anticipación que Ocampo estaba consagrado á las faenas de la agricultura en su hacienda de Pomoca, y que confiado en que nada le harían los reaccionarios, aunque sabía que andaban cerca, una vez que estaba separado de la política, no había querido ocultarse; que Lindoro Cajigas fué el encargado de aprehenderlo con una fuerza de caballería que llevó, entregándolo después á Zuloaga, quien lo traspasó á Márquez para que lo fusilara. Dicen que cuando marchaba al patíbulo, en Jaltengo, cerca de Tepeji del Río, el general Miguel Negrete le aconsejó que pidiera gracia, á lo que Ocampo contestó:

—¡Gracia! ¿de qué? Yo me quiebro, pero no me doblo.

Adela lanzó una exclamación de terror, y todos los demás inclinaron la cabeza consternados, excepto Amparo que dijo:

—Son las represalias de la guerra. Ocampo era ministro en Veracruz cuando las leyes de Reforma.

—¡Oh! exclamó Alejo con su rectitud acostumbrada; pero eso de sacar á un hombre al campo á matarlo, no es la guerra, es el crimen. Es atroz que se mate en el calor de la pelea, es cruel que se fusile á los prisioneros; pero es abominable que se mate sólo porque se tiene la fuerza, á quien no se defiende, ni tiene ni ha tenido nunca las armas en la mano.

—Dice bien Alejo, prorrumpió Francisca la hermana del abogado, que rara vez tomaba parte en las conversaciones políticas, esos actos sólo contribuyen á hacer los odios interminables.

—A mí tampoco me gusta mezclarme en cosas de partidos, dijo por su parte Adela, y sin embargo, me estremezco de horror cada vez que oigo el nombre de Márquez.

—Ese hombre debe ser un mónstruo, afirmó también Tomasa.

Entonces Néstor no pudo contenerse, y habló así:

—Hay otros peores; pero á Márquez le echan la culpa de todo.

—Capítulo de otra cosa, dijo Alejo temiendo la réplica del abogado. Lo que nosotros los hombres de trabajo queremos, es que se establezca cualquier gobierno que nos dé garantías, y siento á la verdad haberme apasionado al hablar de ese desgraciado suceso que no ha podido menos que atacarme los nervios, lo mismo que á todas las personas con quienes hablé ahora, que poco se



ocupan en política. ¿Qué esperanzas habrá, licenciado, de que la paz se establezca?

—Los hombres del gobierno tienen algunas, contestó el abogado; pero la verdad es que la situación de Juárez es delicada.

—Es hombre que manifiesta grandes energías.

—A veces es enérgico y á veces es débil, según los ministros que lo rodean. Citaré dos de sus actos para que ustedes digan si forman carácter: al entrar triunfante á México, pudo, sin mostrarse vengativo y cruel, hacer efectivas las leyes que castigaban á los que se complicaron en la rebelión de Tacubaya, dando á la opinión pública la satisfacción que le pedía; pero no lo hizo, y á su debilidad se debe que continúe la guerra civil ensangrentando el suelo mexicano. En cambio, cuando el ministerio se le puso de uñas, con suma facilidad cambió de hombres, y no sólo, sino que á González Ortega que estaba resplandeciente con la aureola del triunfo, le contestó su nota imprudente con una virulencia tal, que estuvo á punto de producir trastornos. En Guadalajara, en Santa Ana Acatlán, en Veracruz mostró firmeza, impasibilidad, valor, resignación, fué más que un hombre, una roca. En cambio, ya jefe del gobierno, se muestra tibio, indeciso, vacilante y hasta complaciente con los enemigos de las instituciones.

—¿Quiere decir, Domingo, que usted querría que castigara á Néstor, dijo Amparo excitada, puesto que Néstor ayudó al gobierno de Tacubaya?

—No, Amparo, no diga usted tal cosa, ¿cómo había de querer yo que castigaran á Néstor cuando emplee con gusto mi poco valimiento para que tuviera garantizada su tranquilidad en los momentos que creímos de peligro?

Ni yo ni nadie, porque las leyes no lo significan, queremos que se imponga pena alguna, á los que sólo han formado el núcleo de la resistencia: la opinión pública, á quienes designó para el escarmiento, fué á los grandes, á los poderosos, á los que dieron el dinero para sostener la lucha, á los que dispusieron de las armas que había puesto en sus manos la Nación para que defendieran las instituciones; en una palabra, al clero que abrió sus cajas para sostener una guerra criminal, y á los jefes militares que traicionaron al gobierno nacional y quebrantaron el juramento que hicieron de defender la Constitución, fué á los que debió juzgarse conforme á las leyes escritas. Los tribunales serían en todo caso los que habían de dictar las resoluciones absolviéndolos ó condenándolos.

—Licenciado, está usted muy vehemente, murmuró Néstor.

—Tiene razón de estar excitado, como lo estoy yo mismo que no me meto en política, por el horrible fusilamiento de Ocampo, observó tranquilamente Alejo.

—Vamos á ver, exclamó Domingo, ¿no ha tenido razón el Congreso para estallar, dando una ley de proscripción contra Márquez y socios, que en otras circunstancias consideraríamos inicua?

—Lo mejor es que no se hable de política, dijo como al acaso Refugio dando vueltas entre los dedos á su pañuelo de cambray batista.

—Pero hija, contestó inmediatamente Alejo, desde hace mucho tiempo, de tres años á cuatro, á esta parte, no se puede hablar de otra cosa en México, ¿por qué? porque no hay negocios, ó mejor dicho, porque todos los negocios están subalternados á los vaivenes de la política. Ahora, por ejemplo, nadie saca el dinero que tiene



alzado en sus cajas para hacer compras, mientras no se restablezca la confianza pública. Y sucesos como el de don Melchor Ocampo, no contribuyen en manera alguna á hacer que se abrigue la fé en que alguna vez hemos de tener una administración fuerte, á la vez que justificada.

—Sería una gran calamidad que continuara la guerra, suspiró Francisca la hermana del abogado.

—Tan grande, dijo por su parte Alejo completando el pensamiento de la dama, que sería la ruina del comercio y la agricultura. Ya en tres años hemos sufrido cual más cual menos las pérdidas consiguientes. Muchos no podríamos resistir ya otra trinquetada.

—Y á ese paso, añadió Benavides con cierto aire de misterio, parece indudable que se anda ya buscando una intervención extranjera por los conservadores, y especialmente por los partidarios del clero que no quieren darse por vencidos.

Néstor y Amparo, que durante toda esta sesión habían estado como en brasas, aprovecharon la primera coyuntura para despedirse, con un pretexto cualquiera, y ya una vez ellos fuera de la sala y fuera también Alejo que se había ido acompañándolos, Domingo pudo acercarse á Adela que hojeaba un album, mientras las señoras restantes, formando grupo aparte, hablaban de cosas insustanciales.

—Lo que querías tú, dijo Adela, era que mis tíos se fueran y por eso estuviste tan picante.

—Ellos tienen la culpa que no quieren ceder en sus hostilidades. Ahora vamos á otra cosa, Adela mía: he hablado esta mañana con Alejo.

—Nos lo indicó, aunque de una manera muy velada, de sobremesa.

—¿Qué les dijo?

—Que ya querías tú que se fijara día para la boda.

—En efecto, lo apremié algo. He observado que sin embargo de que me tiene cariño y que no le disgusta del todo que seas mi esposa, como eres tú su única hija, quiere retardar la pena que se le aguarda con tu separación.

—Pero no será separación casi, una vez que tú has dicho que no sólo no saldrás de México, sino que viviremos aquí cerca.

—Con todo, vida mía, los padres no consienten sino á duras penas en dar el parecer para que sus hijas se casen, y más aún cuando se trata de una hija única.

—¿De modo que no quiso papá fijar un plazo?

—Dijo que quería ponerse de acuerdo con tu mamá, y que iba á hablar con ella esta misma noche para resolver el punto.

—Yo estoy segura de que ya hablaron.

—Yo también: precisamente estoy observando ahora el semblante de tu mamá que se deja adivinar sus sensaciones.

—¿Buenas ó malas?

—Penosas, solamente de angustia por la separación. Ahora lo que interesa es que tú la domines y la venzas.

—Sí, la pobrecita no me quita los ojos: parece estar muy interesada en la conversación con tus hermanas, y está á cien leguas.

—Y tú, Adela, la verdad, ¿sientes mucho salir de esta casa?

—¿Cómo no he de sentir salir de la casa de mis padres? Pero te amo, Domingo, te lo he probado, creo firmemente que vamos á ser muy dichosos, y cumplo con



mi destino de llevarte un premio de adhesión y de felicidad á tí que eres tan bueno.

—¡Oh, mi Adela! ¡cómo siento no poderte estrechar entre mis brazos, cómo siento no poderte manifestar aquí mismo, de rodillas, toda mi adoración!

Entró Alejo, y como ya no había nadie que estorbase, se pudo hablar francamente del asunto que á todos preocupaba, y se convino en que la boda se verificaría á los dos meses, siempre que en ese término no volviera á alterarse de un modo serio la paz de la República.

¡Oh! y qué apretón de manos tan expresivo se dieron los novios al despedirse uno de otro en esa noche venturosa!



## CAPITULO XLIV.

*Sigue la contienda.*

LA columna de las tres armas marchaba silenciosamente dejando á su izquierda las cumbres del Ajusco. Iba á la vanguardia una guerrilla de veinticinco hombres, y á unos cien metros, más á retaguardia, una descubierta de cien dragones con la carabina embrazada, luego el general Leandro Valle (el *pelón* Valle como le llamaban cariñosamente sus compañeros, porque siempre usaba la cabeza al rape) seguido de su Estado Mayor, de dos cuerpos de infantería, de seis piezas de montaña y de unos cuatrocientos ginetes, formando un total de mil quinientos ó mil ochocientos hombres.

Como el jefe de la columna iba conversando á la vez con un coronel de batallón que llevaba á su izquierda y con un charro conocedor del terreno que se había tomado de guía, y caminaba á su derecha, los demás oficiales del